

se me otorga; en realidad, es inusitada é inmerecida. Pero nada de esto es capaz de disminuir ni ahuyentar mi tristeza, y el deseo de dejar esto ocupa de nuevo mi ánimo.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Febrero de 1852.

Mi queridísimo Conde: Mil gracias por todo lo que me decís de las cosas de España: vuestras cartas son las que más me gustan entre todas las que recibo.

¡No sabéis qué pensar del estado de Europa! Os diré en dos palabras cuál es mi opinión en este punto. Si consigo expresarme bien, estas dos palabras equivaldrán á un volumen.

La guerra es necesaria; resultará de esta situación á pesar de la voluntad y los esfuerzos de los hombres. La solución depende de la manera como se plantee el problema; porque puede presentarse de dos maneras distintas: una favorable á Inglaterra, y otra á todos nosotros. La primera consiste en prescindir de las razones de orden político para llegar al conflicto de las ambiciones, lo cual equivale á poner sobre el tapete las cuestiones de preponderancia y de engrandecimiento territorial; si esta eventualidad llegara, Inglaterra habría ganado la partida contra Europa entera.

Si, por el contrario, el problema fuese el resultado de la lucha entre la Revolución y la independencia continental, sería entonces Europa la que ganase la partida empeñada contra Inglaterra.

¿Pero en qué forma campearán los términos de la cuestión? ¿De qué modo se presenta en este momento? Esto no lo quiero discutir hoy; puedo, sin embargo, aseguraros que todo se dis-

pone para preparar el triunfo de Inglaterra y la ruina de Europa.

Nunca he deseado tan vivamente como ahora ser Ministro; si yo fuera Ministro, España tomaría la iniciativa para fijar los términos de ese problema, é Inglaterra no olvidaría mi nombre. Sin embargo, en la esfera de mis funciones no dejó obrar á esta formidable potencia sin inquietarla; pero de esto no puedo hablar.

¿Qué os parece? ¿He sido franco y preciso?

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Marzo de 1852.

Mi querido Conde: El efecto producido fuera de París por los decretos, ha sido detestable; el emperador Nicolás ha exclamado después de leerlos: "¡Esta es una mala acción que les costará cara!" Pero su efecto más desdichado es la idea que ha sugerido de la inestabilidad de este Gobierno, á que se ha seguido la paralización casi absoluta de las transacciones comerciales, y no parece sino que vuelve á adquirir cierta como sombra de influencia una familia que aun aparentemente la había perdido. A pesar de todo, el Gobierno del Presidente es en este momento invencible. Esta es una verdad evidente; pero el peligro está en la duda respecto á su estabilidad y á la falta de confianza en lo por venir. Viniendo á lo que es más grave todavía que eso, creo que os equivocáis absolutamente en la idea que habéis formado de la situación de Europa; Austria tiene tendencias francesas, y todas las simpatías de Prusia son inglesas aunque no lo creáis. De aquí resulta que ambas potencias permanecerán inmóviles, como si hubieran dejado de exis-

tir. En San Petersburgo, Nesselrode muestra, cada vez más, una desconfianza respetuosa de Luis Napoleón; el pensamiento que llena su ánimo, es el temor de que ese Príncipe quiera romper los tratados para extender las fronteras de Francia. El Emperador, por el contrario, que es el único hombre de Estado que existe en Europa, se inclina á aproximarse á Luis Napoleón, teniendo los ojos puestos en la Revolución y sólo en ella. Resultan en la política de Europa oscilaciones funestas y una inacción forzosa. La influencia del Norte no existe, pues.

En la expectativa de lo que haya de suceder, Inglaterra muda su Ministerio conservador; apacigua á Prusia, y procura ganársela; cada día gana terreno, y no tardará en dominar á España; cuenta con Bélgica, con Suiza, con el Piamonte, y sin vacilar, sin perder tiempo, toma por todas partes la iniciativa en batallas diplomáticas, reservándose, para cuando le acomode, provocar otras batallas. El triunfo es, pues, sin duda, para ella; y si Napoleón hiciera lo que aconsejáis, es decir, si se proclamase Emperador, el triunfo de la política inglesa no tardaría dos meses; veríais inmediatamente á Prusia sobre la línea del Rin, y á Nesselrode imponiendo sus soluciones al Czar y prestando á Prusia la ayuda de Rusia. Tal es la situación verdadera, y tales los hechos que de ella habrán de originarse.

Europa está ciega, y, por consecuencia, perdida, mientras que Inglaterra, viendo con clarísima intuición su propio interés, ha conseguido que Europa se divida por las cuestiones territoriales. Luis Napoleón no ha sido bastante hábil; hubiera debido convocar á Congreso á todas las potencias continentales para discutir exclusivamente los medios de combatir la Revolución, y declarar que él el primero reconocía la necesidad de mantener los tratados.

Me contestaréis diciendo que la alianza del Norte se estrechará más al primer movimiento revolucionario; pero yo os digo á mi vez que ese movimiento no vendrá. Inglaterra no cometerá una falta tan material; antes hará orden por todas

partes, aunque haciendo luego por todas partes desorden, cuando haya obtenido el triunfo de su política.

Todo esto es triste, pero cierto; vos sois la única persona con quien hablo con esta claridad.

Después de haber escrito lo que precede, he recibido vuestra carta del 3, que vale un imperio: lo que habéis dicho á Bertrán de Lis es admirable¹; lo que escribís acerca de la situación de España, tan exacto en el fondo como soberbio en la forma. En esta notable carta no finge ilusión alguna, sino está el ánimo en presencia de los hechos, sólo ante los hechos; así me place que se hable. Siempre que penséis de España que está perdida, y que todo está amenazado de igual ruina, vos y yo estaremos conformes.

Os agradezco infinito el motivo que os ha decidido á enviar mi carta á Berlín; la amistad y el bien público son siempre vuestros móviles, y por esto os aprecio tanto.

No dudo que vuestros despachos serán leídos con gusto en Berlín; pero creo que os sucede como á mí, que todos me leen con gusto pero sin fruto. Prusia está en manos de Inglaterra, y España no tardará en sufrir la misma suerte.

Para concluir, os anunciaré una nueva catástrofe: si las cosas continúan como van, el Presidente se hará revolucionario.

VALDEGAMAS.

¹ "Los remilgos parlamentarios, decía el conde Raczynski á D. Manuel Bertrán de Lis; la adhesión obstinada á un jefe de pelea que ya se ha torcido hacia lo malo; el recuerdo de alguna frase proferida años atrás; la gloria que se cifra en subir y bajar siempre con los mismos sujetos, todas estas cosas son del dominio que pertenece al honor y á la virtud parlamentaria, pero no es ése el honor ni la virtud de un caballero ni de un cristiano." En esa misma entrevista expuso el diplomático prusiano su admiración por el conde de Chambord.

PARIS, 10 de Abril de 1852.

Mi querido Conde: Como no tengo libertad para escribiros con tanta frecuencia como deseara, me propongo ser hoy tan preciso y tan claro que mis informes os saquen de la incertidumbre en que os tiene lo contradictorio de las noticias que circulan.

Sin que vos ni yo hayamos podido impedirlo, la cuestión de engrandecimiento territorial divide profundamente los ánimos, ocupándolos hasta el punto de hacerles perder de vista el temor á la Revolución, contra la cual todos deberían haberse unido. Este resultado es consecuencia, lo primero, de la habilidad de Inglaterra; lo segundo, de las miras del Presidente, que aspira al Imperio; y, por último, de la inhabilidad de las potencias septentrionales.

Modificada así la situación, la alianza no se funda en la necesidad de defenderse contra la Revolución, cuyas maquinaciones, por otra parte, Lord Derby no está dispuesto á favorecer en este momento; pero se establece, porque se preve una tentativa de aumento territorial por parte del Presidente. Al extremo á que han llegado las cosas, sé por buen conducto que, en semejante eventualidad, Luis Napoleón tendría contra sí á toda Europa, con Inglaterra á la cabeza de esta protesta unánime; exceptuaré, sin embargo, á Austria, que le será simpática; digo que le será y no que lo es, porque el príncipe Schwartzemberg ha muerto: acaso en estos momentos pueda contarse á Austria entre los adversarios del Presidente.

La guerra sería, pues, favorable para Inglaterra y desas-

trosz para Francia. El Presidente, solo y sin aliados, tendría que recurrir á la propaganda revolucionaria, y entonces asistiríamos al extraño espectáculo que ofrecerían los amigos del orden agrupados todos alrededor de Inglaterra.

Todo esto es claro como la luz que nos alumbra. Concluyo, pues, diciendo que, dadas tales condiciones, no quiero la guerra, y tiemblo cuando veo á este hombre dar un paso que puede provocarla; la proclamación del Imperio puede ser, sin duda, razón suficiente para ella; temo, pues, el Imperio, con tanta más razón cuanto que tengo por inmediato y cierto su advenimiento.

Si el Imperio no conduce á la guerra, hará, por lo menos, más estrecha la alianza de las potencias continentales con Inglaterra, que no dejará de explotar este acontecimiento con su habilidad acostumbrada. Por otra parte, considero evidente que el Emperador se verá obligado, de grado ó por fuerza, á meterse en empresas guerreras para aumentar sus Estados por medio de conquistas: en este caso los cañones darían á Inglaterra la influencia y la fuerza más considerables que pueden adquirir los hombres.

Esta es la pura verdad: lo que no sea esto, desechadlo sin vacilar.

No hemos visto ni veremos la muerte verdadera del parlamentarismo.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 3 de Mayo de 1852.

Mi queridísimo amigo: Leyendo vuestra carta del 21, veo que mis razones os han hecho fuerza. Bueno es poner la confianza en la Providencia, que ya ha dirigido tan rudos golpes contra la demagogia. En este punto estamos, pues, perfectamente de acuerdo: ignoro cuándo y por qué caminos nos salvará la Providencia; pero de ella espero firmemente la salvación, aunque sea á fuerza de milagros. Si me guió sólo de la luz puramente humana, el porvenir se me aparece, como ya os he dicho, con los colores más sombríos.

Creo que habréis leído en *El Times* el extracto de una comunicación dirigida por Rusia y Prusia al príncipe Schwartzberg. Su texto confirma todo lo que os he dicho acerca de la política de las tres potencias del Norte. Después de la muerte del Príncipe, no hay duda sino que Austria no obrará completamente de acuerdo con las otras; pero éstas siguen mal camino, y se dirigen, sin advertirlo, por el mismo derrotero que Inglaterra. Si la guerra llega, Inglaterra será la señora del mundo, porque esta potencia no dejará nunca de mover á revoluciones y trastornos.

En cuanto á Francia, creo que el Imperio tardará poquísimo en ser proclamado, y creo que, á pesar de la comunicación ruso-prusiana, será hereditario. Las potencias no harán manifestación alguna; pero, tarde ó temprano, el Emperador procurará extender sus fronteras, y ese día estallará la guerra, que debe dar á Inglaterra la victoria definitiva á expensas de Francia y de Europa entera. Aunque hoy no parece probable la alianza entre Francia é Inglaterra, puede ser un hecho

— 725 —

mañana, y en ese caso las potencias del Norte permanecerán inmóviles, porque, si otra cosa hiciesen, serían vencidas.

Tengo en mucho al conde de Antioche; vino á verme á su paso por París; me había prometido escribirme cuando volviese á su puesto, pero hasta ahora no he recibido noticias suyas.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 24 de Mayo de 1852.

Os agradezco lo que me participáis acerca del proyecto de golpe de Estado. De lo que me decís y de lo que otros me han escrito, deduzco que la situación es malísima, que las personas y las cosas son otros tantos obstáculos en los cuales tropezará Bravo Murillo á cada paso, y, por último, que el proyecto abortará, no porque en realidad no se haga nada, sino porque se hará poco y no se hará en la medida necesaria. Aquí las cosas siguen *in statu quo*. El Príncipe retrasa la proclamación del Imperio porque le detienen las malas disposiciones que ve en Europa; pero está decidido, sin embargo, y á toda costa, á ser Emperador, lo que sucederá probablemente este verano. Tal acontecimiento será bien recibido en Francia, aunque mal visto por Europa. Pero la guerra no estallaría sino en el caso de que este hombre atravesase sus propias fronteras, y creo que no las atravesará; está, sin embargo, impulsado por su destino, que es atravesarlas algún día, llamar á la Revolución y sucumbir miserablemente en otro Waterloo¹, ó para mejor expresar mi pensamiento, en una nueva batalla de Novara. Ya os he dicho lo que se seguirá á su caída: la dominación inglesa y el triunfo definitivo de la Revolu-

¹ En Sedan.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

ción ¹, á menos que Dios, que nos ha acostumbrado á los milagros, no ponga fin al curso de las cosas de una manera ó de otra, pero milagrosamente.

Ya conocéis la interpelación de Lord Palmerston y la respuesta de Disraeli: ambos se entienden. No concibo la ceguera de Europa.

Las relaciones entre las tres grandes potencias son hoy todo lo cordiales que pueden ser, gracias á las visitas del emperador Nicolás. Sin embargo, no hay que fabricar vanas ilusiones; las querellas entre Austria y Prusia tienen por principio la diversidad incontestable de sus intereses y la naturaleza misma de las cosas: son, á la vez, naturales, necesarias é inextinguibles; puede esperarse una tregua más ó menos temporal en el caso de un conflicto europeo, y esta tregua está conseguida por ahora.

Vuestro propósito de alejaros de la vida oficial es, perdonadme que os lo diga, una verdadera ligereza. Servís mejor que nadie á vuestro país y á vuestro Rey: ¿queréis que os lo pruebe? Sin vos yo hubiese atacado á Prusia en el Parlamento, porque no soy amigo ni de Prusia, ni de su política, ni de su engrandecimiento, ni aun de su existencia; la creo entregada á Satanás desde que nació, y estoy persuadido que por una fatalidad de su historia está dada á él para siempre ². Pero os profeso tan profundo afecto y os aprecio tanto, que nunca he hablado de vuestro Soberano sino para llamarle el *Augusto de Alemania*. Este es un ejemplo concluyente de las impresiones independientes y justas que las relaciones personales hacen nacer en los hombres públicos.

Lo que os ha dicho Miraflores es una broma extraña. Un hombre como vos no debe dar importancia á esas niñerías.

VALDEGAMAS.

¹ Lo estamos viendo y llorando.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² No se entienda esta fatalidad histórica sino en el sentido mismo del destino de Napoleón: en sentido impropio, que no excluye ni la libertad humana ni la Providencia divina. Por lo demás, no parece sino que el gran Donoso estaba viendo los secretos del porvenir.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 2 de Febrero de 1853.

Mi querido Conde: Por dos razones he dejado últimamente de escribiros: la primera, porque el infierno ha desencadenado este año sobre París todas las fiestas imaginables, hasta el punto de hacer de mí un verdadero mártir; y la segunda, en la cual no habéis caído, que no sé cómo escribiros, pues no tengo ni correo ni conducto seguro por donde remitiros mis cartas. No os admire, pues, mi silencio.

Entre nosotros no es posible apreciar de modo diferente el hospitalario asilo que da Inglaterra á todos los bandidos del continente; porque, hagan lo que hagan las potencias á este propósito, aislada ó colectivamente, Inglaterra ninguna concesión hará jamás sobre este punto; no lo dudéis.

Después de las agitaciones ocurridas en Milán y en Viena, las relaciones de Francia con las otras naciones continentales han mejorado, sin presentar aún el carácter de solidez y firmeza que nosotros aconsejamos. He aquí en qué consiste la dificultad: cualesquiera que sean los esfuerzos de las potencias, nunca llegarán á impedir que aquí se crea en la posibilidad de un enfriamiento; y haga Francia, por su parte, lo que quiera, las potencias no podrán substraerse al temor de que algún día el Emperador se haga Príncipe revolucionario. Esta recíproca desconfianza hace que las relaciones entre Francia y las potencias no puedan subsistir sino hasta cierto punto; pueden ser amigas hoy, pero á la manera de aquellos que, temiendo indisponerse mañana, se preparan desde hoy mismo para este lance.

La cuestión de Oriente es hoy principal aquí; y como en

un caso, que puede presentarse más tarde ó más temprano, la aliada natural de Francia es Inglaterra, síguese de aquí que la primera no hará nada, ó hará muy poco, que pueda indisponer en contra suya á la segunda.

En resumen, las cosas van mal: siguen un camino peor que antes, fuera de lo que nosotros deseamos, y temo que se alejen del recto sendero para no volver más á él.

El mundo continuará como hasta aquí, luchando contra los obstáculos, sin que veamos nunca ni su caída ni su salvación.

Por lo que hace á mi país, todo está en el mayor desorden: la política reducida á las intrigas que conocéis, y no puede salir de esas intrigas más que por una catástrofe sangrienta.

El Ministerio presentará un proyecto de reforma; pero el Gobierno parlamentario se conservará sin novedad en su importante salud ¹.

VALDEGAMAS.

¹ Así sucedió en efecto: fracasó la reforma propuesta por D. Juan Bravo Murillo, que ni podía agradar ni agradó á los doctrinarios ó liberales moderados. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

CARTAS Y PENSAMIENTOS

DE

D. JUAN DONOSO CORTÉS

MARQUÉS DE VALDEGAMAS

publicadas en la edición francesa de sus «Obras»
y vertidas al castellano para la presente edición